

“SÓLO EXISTE DE VERAS QUIEN DIALOGA”.
UN ENCUENTRO CON ROBERTO FERNÁNDEZ
RETAMAR A CASI CINCUENTA AÑOS
DE SU *CALIBAN*

María Isabel Rodríguez Martínez¹
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

El poeta, ensayista y escritor cubano Roberto Fernández Retamar (La Habana, 1930) es considerado uno de los más importantes intelectuales de nuestra América en el siglo xx. La agudeza de sus letras le ha merecido importantes reconocimientos nacionales e internacionales. Iniciando el tránsito hacia su verdadera formación, en la Facultad de Filosofía y Letras de La Habana (1954), los “años de estudiante describen un lector incansable, primer expediente de curso, a quien nada de la vida resultaba indiferente. La capacidad de fraguar ideas, reuniendo a su coetáneos en la pequeña sala de su casa en la Víbora, y los días de 1953, cuando se produjo el golpe militar contra Batista”² ya habían forjado a un estudiante consciente de la situación política que vivía su país, no limitado a realidades y problemas palpables. Aquel estudiante de Arquitectura, que un día pensó construir monumentos y edificios, construiría más bien los versos de juventud, traduciendo sus preocupaciones y circunstancias (eminentemente políticas y sociales) al plano cultural. Tiempo más tarde la forma de su palabra sería una conversación infinita, íntima, entre él y el mundo que habita, *poesía: conversacional* es el nombre con que él mismo caracteriza su forma de expresión.

Para entonces contaba con dos cuadernos: *Elegía como un himno*³ y *Patrias*.⁴ Ningún libro antes había hablado sobre *La poesía contemporánea en Cuba (1927-1953)*,⁵ tesis de grado que le mereció ganar una beca para La Sorbona en París, donde fue alumno del gran lingüista André Martinet. Al término del curso, con apenas veinticuatro años de edad, volvió a su país (1955) para presentarse a concurso de oposición, ganando la cátedra de Filología Clásica y Lingüística impartida en la Universidad de La Habana.

Hacia 1957 el profesor José Juan Arrom lo invitó a dictar durante un año (1957-1958) un curso de posgrado sobre la poesía hispanoamericana contemporánea en la universidad de Yale en Estados Unidos. Aun antes, en 1951, ya había tenido la oportunidad de colaborar en la revista *Orígenes*, “donde tuve el privilegio de estar, de aprender, de alcanzar mi maduración inicial —escribe— junto a personalidades como: José Lezama Lima, Eliseo Diego Mariano, Cintio Vitier, Virgilio Piñera”.⁶ La experiencia que lo forjó en *Orígenes* permitió que en 1960 tomara la dirección de la *Nueva Revista Cubana*.

Tras el triunfo de la Revolución Cubana (1959) y adherirse a ella, bajo un clima de efervescencia cultural, Fernández Retamar tuvo la oportunidad de colaborar e intercambiar ideas junto a grandes figuras representativas de nuestra intelectualidad latinoamericana (y de otras geografías) que sin duda contribuirían a enriquecer su pensamiento, aunque no necesariamente estuviera siempre de acuerdo con ellos, entre esta lista innumerable destacan: Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Mario Benedetti, Ernesto Cardenal, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, Miguel Ángel Asturias, Fernando Benítez, Fayad Jamís, Pablo Armando Fernández, Alejandro Romualdo, Jorge Enrique Adoum, Juan Gelman, Roque Dalton, José Emilio Pacheco y Octavio Paz, entre otros. Sin embargo, el ambiente intelectual que le antecedió no está limitado específicamente a los nombres mencionados en este tercio de párrafos. Para 1952 Fernández Retamar había viajado a México donde estableció relación con Alfonso Reyes (maestro tan querido para él), manteniendo una larga correspondencia que no cesaría hasta el día de la muerte de Reyes.

Además de escritor, Fernández Retamar fungió como consejero cultural de la embajada cubana en Francia (1960), y se desempeñó entre 1961 y 1964 como secretario de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, desde 1965 ejerció el papel de director de la revista *Casa de las Américas*, de donde aún en nuestros días se desempeña como presidente. Ha sido traducido a casi todos los idiomas, y su ensayo *Caliban* configura un importante aporte al campo de las ideas en torno al debate sobre la cultura latinoamericana y caribeña. Su figura es, pues, voz y lucha en defensa de nuestra América, sus textos son, en síntesis, formas de plantear al mundo los problemas centrales de nuestros países.

Vivió de cerca la Revolución Nicaragüense, presenció la Guerra de Vietnam del Norte (1970): desde Hanoi hasta el paralelo 17. La adhesión a estos hechos con el fin de realizar un film sobre la guerra de agresión de los Estados Unidos contra aquel país, lo une más a la defensa de América Latina, por la que ha pugnado a lo largo de su vida.

**Entrevista personal, concedida en Casa de las Américas,
La Habana-Cuba, 24 de septiembre de 2014**

María Isabel Rodríguez Martínez (M.I.R.M.): Sabemos que reconoce entre sus maestros principales a José Martí, humanista por excelencia y gran figura de nuestra América, al igual que usted. Nos gustaría saber algunos de los rasgos que considera han contribuido también en su formación y la composición de su pensamiento.

Roberto Fernández Retamar (R.F.R.): He reconocido también entre mis maestros a Alfonso Reyes. A Alfonso Reyes le gustaba ser llamado un humanista, a mí me parece una bonita palabra y me gustaría que usted tuviera razón, que se me considerara también un humanista, he tratado de serlo.

Durante el periodo de la lucha contra Batista, yo pertencí a un movimiento de Resistencia Cívica y escribí algunos artículos en la prensa clandestina. Después del triunfo de la Revolución Cubana, escribí bastante en la prensa, en el periódico *Revolución*. Y después me fui adentrando —como le decía— en este tipo de ensayo que tomaba en cuenta ya no el hecho literario solo, sino el hecho histórico, y por eso me interesa destacar este ensayo que se llamó: *Martí en su Tercer Mundo*. Ahí se ve el cambio que hay de los estudios literarios en que yo estaba entregado antes, a los estudios de la interpretación de la realidad histórica a que me llevó la Revolución Cubana. Si no hubiera sido por la Revolución Cubana yo hubiera posiblemente seguido escribiendo trabajo puramente literario, pero el impacto de la Revolución fue muy fuerte, entender lo que era la Revolución, entender los nuevos elementos que ponía a la luz.

En la década del 70 del siglo pasado, yo publiqué varios libros que reúnen un poco mi pensamiento, uno era obviamente *Caliban*. A finales de esa década publiqué un libro sobre Martí que para mí es importante: *Introducción a José Martí*, y publiqué *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, eran tres líneas, tres vertientes de un solo pensamiento que se hizo más construido en *Caliban*, pero que existe también en torno a Martí y en *Para una teoría de una literatura hispanoamericana*. Ese es el estado en que se encontraba mi trabajo. Después he publicado otros textos de distinta naturaleza, entre los cuales hay un libro que me interesa mucho pero está agotado, que se llama: *Algunos usos de Civilización y barbarie*. Hubo dos ediciones: una argentina y una edición cubana y me gustaría de alguna manera que se tuviera en consideración. He trabajado mucho con esa dicotomía que se remite a Sarmiento, *Civilización y barbarie*, objetando el uso de esos dos términos. La Civilización para Sarmiento era la civilización europea y la barbarie era lo específicamente americano. Yo no he querido de alguna manera objetar ese punto ahorita. En *Caliban* ya tuve una polémica con Sarmiento que fue una gran figura, un gran escritor, pero que desgraciadamente desde el punto de vista político era muy hostil a las cuestiones americanas. Después he vuelto en otros trabajos a

impugnar esa dicotomía: civilización y barbarie, específicamente en este libro que se llama: *Algunos usos de Civilización y barbarie* en que impugno las tesis de Sarmiento. Sarmiento fue una figura muy complicada, porque fue un gran escritor. *Facundo*, su gran libro, pero dese el punto de vista ideológico, desde el punto de vista político, me parece que fue muy negativo. Más o menos en ese estado nos encontramos.

M.I.R.M.: El pensamiento de Roberto Fernández Retamar sienta sus bases en la existencia de una cultura latinoamericana. Nos gustaría escuchar cómo define usted la existencia de esa cultura e identidad en América Latina.

R.F.R.: Hay una cultura en América Latina y el Caribe, hay países con los que tenemos los cubanos relaciones muy fuertes, como el caso de México. México y Cuba son países muy cercanos desde el punto de vista cultural. Yo fui a México por primera vez cuando usted no solo no había nacido, sino sus padres no se conocían todavía. Fue en el año 52, imagínese usted, tuve la oportunidad de entrevistarme con Alfonso Reyes, que tanto admiraba. Vi a Rufino Tamayo pintando los murales de Bellas Artes. Vi a Diego dando una conferencia y establecí una amistad muy fuerte con muchísimas personas de México. Y después he vuelto muchas veces a México. Hay otros países de América Latina con los que también nos une una amistad muy estrecha, como Argentina, por ejemplo. Hay un país en particular con el que tenemos, me atrevo a decir, cariño especial, que es Puerto Rico. Porque Cuba y Puerto Rico estuvieron unidas como las últimas colonias españolas en América, y muchos otros países.

Y ahora América en el siglo XXI, en el que estamos, América Latina conoce varios procesos interesantes en distintos países del continente: Venezuela, Ecuador, Bolivia. Hay gobiernos muy interesantes, digamos así, en Argentina, Uruguay, Brasil, Chile. Es un buen momento para América Latina en general. Y la cultura de América Latina es la cultura de este continente. Nosotros creemos en la existencia de una cultura latinoamericana que ahora se ha puesto en duda por algunas personas, claro que algunos tienen derecho de poner en duda lo que les plazca,

pero yo creo que existe esa cultura latinoamericana y caribeña que está en pleno desarrollo, ese es el criterio que guía mi trabajo, es el criterio que guía la Casa de las Américas.

“Identidad” es un término muy complicado. Cuando yo era muchacho y estudiaba la enseñanza secundaria, que entonces se llamaba bachillerato, había una disciplina que era Filosofía y otra que era Lógica. Y en Filosofía estudiábamos el punto de vista de Parménides y el punto de vista de Heráclito: “Toda cosa es igual a sí misma”. Pero Heráclito decía: “Todo fluye”. Entonces determinamos decir que toda cosa está siendo igual a sí misma y la identidad participa de esto. La identidad no está dada de una vez para siempre, sino que se va construyendo constantemente, se va modificando, se va ampliando, se va reduciendo, va adquiriendo una figura que siempre es móvil, que no está dada de una vez para siempre. Por eso la identidad latinoamericana no es una cosa que exista de una vez y para siempre, está existiendo en una relación dialéctica con el resto de los países que la forman, antes a esto se le llamaban las series. Las series políticas, series económicas. Y no me gustaría quedar preso en una visión estrecha de la identidad, me parece que es bueno verla en su dimensión múltiple, en su variedad, en su crecimiento, en su reverdecimiento.

Es muy curioso porque un autor norteamericano muy reaccionario, Huntington, que ya ha muerto, escribió un libro sobre las distintas culturas existentes en el planeta hace unos años. Y una de esas culturas era esa cultura de la América Latina y el Caribe, así que incluso para él la América Latina y el Caribe compartían una cultura particular, que no se identifica con la cultura occidental, pero que en gran medida proviene de la cultura occidental, así como la cultura occidental proviene de antepasados griegos, romanos, árabes, etc. Y me llamó la atención porque este hombre, Huntington, sostenía el criterio de que las guerras, situaciones bélicas que se presentaban en el planeta, tenían que ver con el choque de civilizaciones, en este caso, en el caso de él, la civilización occidental con la civilización islámica. Bueno, me parece que está equivocado Huntington, así como en otras cosas, no obstante, me parece interesante destacar que él mismo veía

la cultura de la América Latina y el Caribe como una cultura distinta de las demás culturas, me parece que es un criterio compartible y me llama la atención y me alegra que una persona que políticamente era hostil a nosotros, sin embargo pudiera ver ese perfil, esa figura de la cultura latinoamericana y caribeña como una entidad propia.

M.I.R.M.: Han transcurrido más de cuarenta años de la primera publicación de su texto *Caliban*, ensayo que ha tenido una enorme repercusión en el campo de las ideas y la cultura de América Latina, no sólo al interior de la misma, sino fuera del continente también. Usted mismo ha modificado muchos de los primeros planteamientos que sentó en el original de *Caliban*, añadiendo, clarificando muchos puntos de vista. A la distancia, ¿cómo es que concibe Roberto Fernández Retamar a su *Caliban*?

R.F.R.: Bueno, yo escribí *Caliban* en unos diez días a raíz de una polémica que se había desatado en torno a Cuba, que Julio Cortázar llamó la hora de los chacales. Yo creo que lo que resultó de esa polémica, de ese momento, fueron algunos textos importantes. Por ejemplo, de Cortázar: *La Policrítica*, *La Hora de los Chacales*. Y modestamente en esa atmósfera polémica surgió también mi *Caliban*. Yo debo decirle que quedé un poco sorprendido del eco que iba a tener ese ensayo, bueno, cuando lo escribí tenía alguna ilusión en él, como es natural, pero ha tenido una repercusión mucho mayor de lo que yo podía esperar: han pasado más de cuarenta años y se sigue leyendo ese ensayo. Hay algunos aspectos excesivamente rípidos en el ensayo, yo traté de ir aclarando esos puntos en sucesivos ensayos que he reunido en ese libro que es *Todo Caliban*, ahí voy poniendo cosas en su lugar. Por ejemplo, yo fui muy fuerte en *Caliban* con respecto a Borges, un escritor tan importante a quien yo había leído con tanta admiración y que seguí leyendo con admiración. Un escritor joven, que era entonces mi alumno cuando surgió el ensayo, cuando se publicó el ensayo en el 71, me dijo: “Yo no sabía que usted admiraba tanto a Borges”. Me llamó la atención que él hubiera detectado que, más allá de la irritación que me producían las opiniones políticas de Borges, muy discutibles, yo tenía una gran admiración por su obra.

En el año 86, en Buenos Aires, pude pasar una tarde con Borges, le pedí que nos autorizara publicar una selección de sus trabajos, él accedió y poco después salió publicada por la Casa de las Américas una selección de páginas escogidas de Borges, yo hice la selección y escribí el prólogo, y así en otros aspectos en ensayos sucesivos. Después de *Caliban*, fui poniendo las cosas en su lugar. *Caliban* es un ensayo muy irritado y me imagino que también muy irritante, he tratado de alguna manera de limar las partes más injustas del ensayo, y me gustaría por eso que se leyera el ensayo junto con los otros que forman parte del libro *Todo Caliban*.

No trabajaba todavía en Casa de las Américas cuando escribí *Martí en su tercer mundo*, pero sí cuando escribí *Caliban*, ya después *Caliban* salió como libro en México primero que en ningún otro país. Había salido en la *Revista Casa* a finales del año 71 y salió en la Editorial Guiones y Segmentos. Después yo escribí otros trabajos sobre Caliban y los reuní en un librito que quizás usted tiene, que se llama *Todo Caliban*. Ahí está en primer lugar el punto de vista que usted ha hecho suyo de no llamarlo *Calibán* sino *Caliban*, pero además muchos otros trabajos que giran en torno a *Caliban*, al punto de que me he convertido, como le decía, en un celoso al lado de *Caliban* porque soy un desconocido al lado de él. También entre los libros que he publicado en una edición mexicana está *Para una Teoría de la Literatura Hispanoamericana*, tuvo unas ediciones en México, Colombia y Cuba, por supuesto. Se hizo una edición que yo le llamo la primera edición completa en el año 95 del siglo pasado, en el Instituto Caro y Cuervo, Colombia. Ahora, en Cuba, acaba de salir una nueva edición.

M.I.R.M.: Sabemos del papel fundamental que usted ha desempeñado como presidente de la Casa de las Américas. La Casa de las Américas, en sus inicios, fue creada como un espacio de confluencia cultural con base en una visión continental y fomentó el encuentro de muchos de nuestros mejores intelectuales. Actualmente, ¿cuál es el criterio que guía a la institución?

R.F.R.: Bueno, la Casa tuvo el privilegio de ser fundada y dirigida durante sus primeros años por Aidé Santa María, que fue una figura ma-

ravillosa, había sido una figura política, una revolucionaria muy fuerte, estuvo en el asalto al Moncada, la Sierra Maestra, la lucha clandestina y con la Casa de las Américas. Llevó a la Casa de las Américas todo ese prestigio y el influjo del espíritu revolucionario, del que ella era excepcional portadora. La revolución de la Casa de las Américas es muy curiosa. Por ejemplo, al principio la Casa de las Américas trabajaba solo con áreas hispanoamericanas de lengua española, con el tiempo incorporó la cultura brasileña, de lengua portuguesa, la cultura caribeña del inglés y francés. La Casa ha ido creando también las distintas direcciones de las que consta: literaria, teatral, musical, plástica. Ha ido creando programas para el estudio de la mujer, que debe mucho al programa del Colegio de México de estudio de la mujer. Ha creado un programa de latinos en los Estados Unidos, ha creado un programa para el estudio de las culturas originarias de nuestro continente de América y estamos en trance de crear un programa de estudios sobre Afroamérica, así que tratamos en la medida de lo posible de ir englobando todas las múltiples realidades culturales de nuestra América.

La Casa, aparte de Aidé Santa María, que es su mayor privilegio, ha contado con el apoyo de grandes escritores y artistas de todo el continente que acabaron dándole el rostro, no definitivo, porque la Casa está en marcha, no tiene una forma, no tiene una forma distintiva, está creciendo, pero que contribuyeron mucho al crecimiento, valga la redundancia, de la Casa de las Américas. Ezequiel Martínez Estrada que trabajó en la Casa de las Américas, en los primeros años de la Revolución. Manuel Galich, el guatemalteco eminente, hoy en día una de las salas de la Casa de las Américas se llama Manuel Galich. Pienso en Mario Benedetti, pienso en Julio Cortázar, pienso en Efraín Huerta, en Roque Dalton, Rodolfo Walsh, en el pintor chileno Mata, en fin, la numeración podría ser enorme y esos escritores y artistas de todo el continente han ido contribuyendo a engrosar el perfil de la Casa de las Américas que no está dado de una vez para siempre, sino que está en marcha, de manera que la Casa de las Américas no es algo de lo que se pueda hablar en pasado,

ni siquiera en presente, hay que hablar de ella en presente, pero también en futuro.

En la década del 20 del siglo pasado, México desempeñó un papel muy importante, cuando Vasconcelos fue secretario de Educación Pública, creó la Universidad, atrajo a muchas personas importantes a México, por ejemplo Gabriela Mistral, cuando era una maestra poco conocida. Entre esas personas estuvo un estudiante argentino llamado Arnaldo Orfila, que pasado el tiempo sería el editor del Fondo de Cultura Económica. Después del siglo XXI México ejerció un papel irradiante muy fuerte y yo creo que nosotros hemos querido en la medida de nuestras fuerzas anclar algo similar en lo que toca a Cuba en general y a la Casa de las Américas en particular: un centro para estimular los contactos intelectuales, escritores de nuestro continente, o sea, que no estoy hablando de un proyecto solo mío, sino de un proyecto más vasto, desde la Casa de las Américas de alguna forma.

M.I.R.M.: Llama la atención en nosotros sus inicios en el mundo de las letras a tan temprana edad en la revista *Orígenes*, lugar de mayor madurez intelectual, como ha señalado usted mismo, pero además su contacto con diversas figuras intelectuales como Hemingway, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, entre otros. ¿Nos podría hablar un poco de ese itinerario intelectual que lo permeó?

R.F.R.: Hemingway, como usted sabe, vivía en Cuba, tenía una casa en Cuba que hoy en día es un museo, Museo Hemingway. Cuando yo tenía 17 años, como usted comprenderá hace muchos años, yo era el jefe de información de una revista juvenil que se llamaba *Alba*, y para esa revista fui a visitar a Hemingway para hacerle una entrevista. Bueno, yo era muy muchacho, ignoraba muchas cosas, pero Hemingway tuvo la gentileza, a partir de las personas que hicieron posible esa entrevista, de concederme la entrevista, y la publiqué en la revista *Alba*: “Breve viaje al maestro Hemingway”, en aquel momento yo era lector sobre todo de literatura obscura, *La residencia en la tierra* de Neruda, los poemas de Rilke, etc., y la verdad es que me parecía bastante elemental la

literatura de Hemingway, bueno, con el tiempo me di cuenta de que el elemental era yo y no Hemingway, porque eso que parecía simpleza en Hemingway, en realidad era madurez. Hemingway había llegado a su estilo por un proceso de fortalecimiento de los elementos fundamentales. A Alejo Carpentier lo conocí una tarde cuando fue a visitar a una gran figura de nuestras letras que afortunadamente vive todavía: Fina García Murrus, quien había dado a luz a su segundo hijo, José María, que se convertiría con el tiempo en un gran músico cubano. Ahí conocí a Alejo, pero realmente mi estrecha relación con Alejo se produjo a partir del año 59, cuando él regresó a vivir a Cuba después del triunfo de la Revolución. Otra figura muy importante para mí fue Lezama Lima, yo tenía veinte años cuando leí poemas que él hizo publicar en la revista *Orígenes*. Había conocido poco antes a Fina García Murrus y a su esposo Cintio Vitier, grandes escritores los dos que ejercieron mucha influencia sobre mí. Conocí a Guillén antes de la Revolución, después trabajé con Guillén porque él fue presidente de la UNEAC, que se creó en 1961 y yo fui secretario coordinador de la Unión y, bueno, así podría mencionar a otras muchas personas. Estamos celebrando el centenario de algunos escritores cubanos como son Samuel Feijóo, como Onelio Jorge Cardoso, pero es también el centenario de muchas figuras importantes en el continente todo, de Cortázar, de Bioy Casares, de Octavio Paz, de Efraín Huerta, José Revueltas, de Pedro Jorge Vera en Ecuador, bueno, con todos ellos tuve relaciones muy estrechas.

Con Octavio coincidimos en París en el año 60, él era encargado de negocios de México y yo era consejero cultural de la Embajada de Cuba, estoy hablando del año 60, y Octavio fue muy generoso conmigo, me dio a conocer muchas figuras importantes de la cultura francesa y me ayudó a sobrellevar ese año difícil, ese año en que la Revolución Cubana cambió de signo: de una revolución nacionalista como había sido en el año 59, pasó a ser una revolución de proyección socialista, y Octavio me ayudó muchísimo en ese año tan difícil. Con Efraín tuve una relación muy estrecha, realmente muy estrecha, éramos como hermanos, yo tuve

la ocasión de formar parte del jurado del Premio de Poesía de Aguascalientes en México, conjuntamente con Efraín y con Jaime Sabines, que son en verdad dos grandes poetas. En cuanto a México me sería muy difícil enumerar todas las relaciones que he tenido y que tengo, ahí vive ahora la princesa Elena Poniatowska a quien tanto quiero, conocí a Luis Villoro, el filósofo, el pensador, y después conocí a su hijo: Juan Villoro, quien participó también en la semana de autor de hace un par de años aquí en la Casa de las Américas y con quien hemos hecho fuerte relación, de manera que no puedo enumerar a todos y todas quienes han colaborado a que la Casa de las Américas sea lo que es.

Toda la información será utilizada con fines académicos
con el acuerdo del entrevistado.

Notas

¹ María Isabel Rodríguez Martínez es licenciada en Historia por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, actualmente cursa el posgrado de maestría en el Instituto de Investigaciones Históricas (IIH) de la misma institución. Su línea de investigación se desarrolla en torno a la historia intelectual y cultural de América Latina del siglo XX.

² Pogolotti, Graziella, “Aquel estudiante de arquitectura” en *Homenaje a Roberto Fernández Retamar*,

Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, Núm. 1-2, Enero-Junio del 2000, p. 50.

³ Fernández Retamar, Roberto, “Elegía Como un Himno: (A Rubén Martínez Villena)”, 1999.

⁴ Fernández Retamar, Roberto, *Patrias. 1949-1951*. Libro que le mereció el premio nacional de poesía en su país, 1952.

⁵ Fernández Retamar, Roberto, “La poesía contemporánea en Cuba (1927-1953)”, 2009.

⁶ Fernández Retamar, Roberto, *Fervor de la Argentina. Antología personal*, 1993, p. 10.